

VERDAD

Emilia Pardo Bazán

VERDAD

DRAMA

en cuatro actos, en prosa

ORIGINAL DE

EMILIA PARDO BAZÁN

---

strenado en el TEATRO ESPAÑOL el 9 de Enero de 1906



MADRID

G. VELASCO IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, II DUP.°

Teléfono número 551

1906

A LA SOCIEDAD

Reunión de Artesanos

DE LA CORUÑA

*testimonio de cariño y reconoci-
miento.*

Emilia Pardo Bazán.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
IRENE DE OURENTE, Vizcondesa de Barcelos..........	Sra. Guerrero.
ANITA DE OURENTE, su hermana	
ILDARA, vieja........	Srta. Cancio.
JUANA, cocinera........	Sra. Morera.
MIGALLA, pinche................	Srta. Suárez.
MARTÍN DE TRAVA.	Sr. Díaz de Mendoza (F.)
SANTIAGO, criado y mayordomo.....	Codina.
SANGRE NEGRA, malhechor......	González.
EL CONDE DE PORTALEGRE..	Díaz de Mendoza (M.
EL CURA.....	Urquijo.
EL NOTARIO............	Viosca.
EL CABO de la Guardia Civil.......	Cirera.
UN GUARDIA CIVIL	Cayuela.
UN CRIADO.	Vargas.

Guardias, criados, criadas, aldeanos, aldeanas

La acción, en la frontera de Portugal y Galicia, á orillas del río Miño.—Epoca contemporánea



ACTO PRIMERO

Salón en una casa de campo antigua. Los muebles, vetustos, han sido de gran riqueza. La base del mobiliario es talla dorada, con forros de seda ó damasco; puede haber consolas, espejos, cuadros, bustos, retratos al óleo, todo lo que concurre á causar la impresión de un lujo pasado, conservado respetuosamente. Puerta al fondo. Otra á la derecha, que se supone comunica con la tribuna de la capilla. A la izquierda, otra más pequeña, que se supone comunica con las habitaciones interiores. Gran balcón. Hacia el ángulo de la derecha un biombo bajo, antiguo también, y protegida por él, pero á la vista del espectador, una mesa pequeña, que hasta puede ser un veladorcito, con servicio para dos personas: en su arreglo, cierto refinamiento: en el centro flores, el mantelito fino, la porcelana rica. En las consolas, una de las cuales sirve de aparador, frutas, dulces, botellas de Champagne. El alumbrado tiene que parecer de petróleo y bujías. Es de noche. Derecha é izquierda, la del espectador.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, la escena aparece sola; pero inmediatamente se abre poco á poco la puerta de la derecha y entra ILDARA, anciana casi decrépita, vestida con traje del país pobre y humilde. Avanza con precaución, mirando curiosamente en derredor suyo.

ILD. ¡El Señor nos valga! Aquí no hay persona humana, y todas las luces á arder. ¡Jesús, pues si está lleno de flores, como para la

fiesta del Sacramento! ¿Qué milagro será este que mis ojos ven? (Bajito y recelosamente.) ¡Santiago! ¡Santiago! (Pausa.) No andará por aquí. No, pues los trasnos no serán quienes tanta flor pusieron. (Se acerca al biombo y ve la mesa.) ¡Nuestra Señora de la Hermida! ¡Plato para dos personas! No puede ser sino que viene el señorito con algún amigo suyo. Pero me pasmo de no haberme dicho ese hijo mío nada. Estas manos tenían de hacer las camas y guisar la cena, ¡una polida cena! A tales horas, ¿qué preparo? Acabo de cubrir el rescoldo...

ESCENA II

ILDARA, SANTIAGO. Santiago entra por la puerta del fondo abriendo por fuera y volviendo á cerrar por dentro; al ver á Ildara manifiesta una sorpresa que va graduándose hasta el furor. Todo el diálogo de esta escena ha de ser airado, precipitado, misterioso, empujando Santiago á Ildara con su cuerpo y acorralándola hacia la puerta de la derecha.

SANT. ¿Eh? ¿Quién va? ¿Qué hace aquí, señora madre? ¿Quién la mandó venire?

ILD. Por la tribuna de la capilla entré.

SANT ¿Y quién le dió las llaves?

ILD. De tu arca las cogí. No pensé que hacía mal ninguno. Había que disponer el altar, que mañana vendrá don Fortunato á decir misa por el alma de la señora, que en gloria esté.

SANT. Centella en don Fortunato y toda su casta... ¡Márchese de aquí, señora madre, si no me quiere condenar!

ILD. ¡Santiago, no eches pecados, mozo! Ya me voy... Cuando el señorito vinier, avisa; voy á encender el fuego para la cena.

SANT (Con expresión terrible.) ¡El señorito no viene! ¡Si se le escapa decir á nadie la mentira de

que viene, iréme á chapuzar de cabeza al río!

ILD. (Dándose por enterada.) ¡Basta, el mi hijo, basta, ni la tierra lo sabrá! ¡Ni de él, ni de quien trajere en su compaña, dirá esto mi boca!

SANT. (Embrollándose.) ¡Y vuelta! ¡Nadie, nadie viene en su compaña tampoco!

ILD. Santiaguiño, mis amores, ya soy vieja, y nací antes que tú, porque te parí... Ahí veo la mesa muy maja para dos convidados... ¿Eh? (Santiago intenta cubrir la mesa con su cuerpo.) A quien no ha de hacer traiciones no hay para qué le contar mentiras... La lengua me arrancan con tenazas antes de descubrir al señorito, que lo crié á estos pechos... ¡Más que yo no lo quieres tú! Mira, si se ofrece, más que á tí, quiero al señorito.

SANT. Y eso es lo que cumple.

ILD. Y por lo mismo á nadie le voy á pregonar si llega ó no llega esta noche... ni si trae consigo á un jefe de los carlistas.

SANT. (Vivamente.) ¡Calle como una difunta! Porque en efecto, trae consigo al general, que está escondido en la Quinta de las Camelias, del otro lado del río... ¡Allí, en Portugal, vive seguro; pero aquí, si le cogen, fusilados el señorito y él!...

ILD. ¡No lo permita la Virgen! ¡Yo, muda! (Con pueril curiosidad.) Al general quisiérale ver. . ¿Será un señor que meterá respeto?

SANT. (Amenazador.) ¡El demonio me lleve! (La empuja.) ¡Afuera! ¡Y la boca cosida! ¡Y tengamos la fiesta en paz, señora madre! (La hace pasar medio por fuerza la puerta por donde entró y cierra después, con llave y cerrojo.)

ESCENA III

SANTIAGO; después MARTÍN

SANT. (Se limpia con un pañuelo la frente y mira alrededor con zozobra.) Culpa mía... Debí esconder las llaves de toda la casa... Y á Dios gracias que pensó eso del jefe carlista, que hace veinte años no los hay por aquí. (Llaman. Santiago abre.)

MART. (Agitado.) ¿Lo tienes todo según dispuse?

SANT. Todo, señorito.

MART. ¿Sospecha alguien mi venida?

SANT. (Después de un momento de vacilación.) Nadie, no, señorito; nadie.

MART. Pues vete corriendo al pasal del río, á la barca, y, pasa, y alumbra, y guía á... á quien está allí esperando. Es preciso que no se moje los pies.

SANT. La traeré en brazos.

MART. No hace falta: alumbra y guía solamente. El suelo es allí una charca.

SANT. Voy, señorito.

MART. ¿No te verán?

SANT. Imposible. No destapo la luz sino cuando convenga. Los perros á mí no me ladran. No anda gente. Son dos pasos.

MART. ¡Pues vuela!

ESCENA IV

MARTÍN, solo. Se pasea, examinando afanosamente la habitación, la mesa, la colocación de los muebles, que podrá modificar

¿Estará á su gusto? ¡Es tan refinada! (Arregla los floreros.) ¿Se mojará los piececitos? ¡No faltaba más! Santiago ha hecho milagros, pero aquí se carece de infinitas cosas. ¡Ella,

que con tanto lujo vive! ¿Se reirá de mi vieja casa? ¡Bah! ¡Si me quiere, qué importancia ha de tener para ella...! Con ella viviría yo en una mazmorra, en un destierro, y me parecería divino. (Se sienta un instante y suspira.) Parece que en vez de alegría lo que siento es tristeza. No... es fiebre. Debo de tener calentura.

ESCENA V

MARTÍN, IRENE y SANTIAGO. Santiago abre; Irene aparece en la puerta, elegante y sencillamente vestida de camino, con velo á la cara. Santiago trae aún en las manos la linterna encendida. Martín le hace seña. Santiago desaparece mientras Irene avanza sonriendo. Martín cierra la puerta del fondo con llave, y volviéndose, estrecha á Irene impetuosamente en sus brazos.

IRENE ¡Me ahogas! ¡Qué fuerza tienes! Un poco de juicio...

MART. No sé si estoy despierto. ¡Y tú lo extrañas!

IRENE Suelta...

MART. ¿Qué es eso? ¿Te has enojado conmigo?

IRENE No... Es que traigo los pies húmedos, el traje perdido de barro... Al saltar de la barca, por poco me caigo al río.

MART. El torpe de Santiago. ¡El único encargo que le hice!

IRENE Si fué culpa mía, que me empeñé en saltar sola... No digas mal de Santiago; es muy simpático.

MART. Siéntate, siéntate y te enjugaré las botitas yo mismo. (Irene se sienta y empieza á desprenderse el velo y el sombrero. Martín, arrodillándose, sacando el pañuelo, seca, con infinito cuidado, las botas y la orla del traje de Irene, recoge su sombrero, la desembaraza del cubre-polvo ó abrigo, la pone un cojín bajo los pies, y acaba por besarlos. Irene ríe con coquetería. Al terminar este juego escénico, Martín queda arrodillado delante de Irene, mirándola y tenién-

dola cogidas las manos.) ¿Te ha costado mucho trabajo arreglar el viaje? Cuenta... Así oiré tu voz.

IRENE Se terció mejor de lo que yo pensaba... He pasado días combinándolo. Fué divertido. ¡Es tan grato despistar á los curiosos!

MART. Yo creí que lo grato era estar juntos y libres...

IRENE ¡Cómo se ve que tú no sufres á cada hora la tiranía del mundo! Siempre gusta engañar á los tiranos... De esta vez, el tirano, engañado como un chino. ¿Sabes por qué? Porque no te conocen; porque no sospechan que yo te conozco, ni de mil leguas. Mejor dicho: porque ni saben que existes.

MART. Tú no has querido que yo frecuentase...

IRENE ¡Ni quiero! Nos conocimos... ¿te acuerdas? aquí, en casa de mis tías, las Vizcondesas de Ourente... en una fiesta de labradores...

MART. Desde aquel día, mi vida cambió...

IRENE Me seguiste á Lisboa.. Te prohibí que penetrases en mi círculo... Ni era fácil, de todos modos, porque no les gustan las caras nuevas.

MART. Soy tan caballero, y quizás mejor nacido, que los de ese círculo vanidoso.

IRENE No se ofenda el hidalgo español... Al entrar, á la incierta luz de la linterna con que alumbraba tu escudero, he visto, sobre el portón, borrosos blasones...

MART. Basta... Irene, yo he respetado tus órdenes, y á pesar de las impaciencias de un amor que tú ni sospechas hasta dónde alcanza, he evitado comprometer tu buen nombre... Me he contentado con furtivas entrevistas en algún jardín público...

IRENE Donde no había público... ¡Esa era la habilidad! Si seré precavida, que ahora, antes de emprender esta aventura, he quemado todas las cartas que me escribiste. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

MART. (Soltando las manos de Irene.) Verdades tan grandes como este sentimiento, no se debieran ocultar.

IRENE ¡Criatura! En esto y en todo, la verdad es un cartucho del más atroz explosivo. (Con volubilidad graciosa, atrayendo y calmando á Martín.) Hemos tenido de nuestra parte á la fortuna... Mi venida aquí aparecerá natural y sencilla. Como que vengo á pasar una semana en el caserón de mis señoras tías, las buenas fidalgas de Ourente, donde reside mi hermana Anita, á quien tanto quiero... ¿Quién ha de extrañar que ansíe verla, acariciarla? En Lisboa saben mi salida, pero nadie llevará cuenta del día en que llego aquí. Escamoteo veinticuatro horas, y mañana, de noche, caigo en el Pazo de Ourente... ¡Cómo se alegrará la pequeña!

MART. Desde la ventana de mi torre se ven los tejados de Ourente, el arbolado... ¿No sabes, Irene? Visito muy amenudo á las fidalgas. Voy por ver á tu hermana, y mirándola, me extasío. Como os parecéis tanto, la ilusión...

IRENE (En chanza.) ¿Qué es eso? ¿A ver si te enamoras de Anita? ¿Verdad que es un ángel la muchacha? Dentro de poco, yo la sacaré de ese castillo encantado... En fin, nadie debe sospechar... A pretexto de que las tías no pueden sufrir á mi doncella francesa, me libré de ese testigo...

MART. Mi sueño era venir en el mismo tren que tú...

IRENE ¡Famosa ocurrencia! Te acercarías... Lo notaría algún conocido... Nada de eso... ¡Todavía me ocurrió otra idea doblemente maquiavélica! Ya, ya te la diré... sentados á esa mesita. (Señala á la que está servida.)

MART. ¡Qué tonto soy! ¡Pobre Irene! Vendrás fatigada, con necesidad... y te entretengo... y no te ofrezco...

IRENE Desde el cruce, nada he probado...

MART. (Tiernamente.) Ven, amor mío; ven, que te sir-

va, que te contemple, bajo mi techo, llevar los manjares á la boca... ¡Qué momento, Irene! Así... así... ¿Estás bien? Te haré plato.

IRENE Siéntate, Martín... Cenemos juntos... Que Santiago nos sirva.

MART. ¿Un extraño?

IRENE ¡Un perro! Tan precavida como soy, de Santiago me fío.

MART. Y aciertas.

IRENE Pues llámale.

ESCENA VI

IRENE, MARTÍN y SANTIAGO. Martín abre la puerta, detrás de la cual está de centinela Santiago.

MART. Entra, Santiago, y sírvenos la cena. (Santiago cierra la puerta con llave, y sirve los manjares que va trayendo de las consolas. Esta parte de juego escénico queda al arbitrio de los actores.)

IRENE ¿Sabes que cae bien la comida? Ahora noto que tenía verdadera hambre.

MART. Todo es frío, porque no hemos querido que mi ama Ildara se entere ni de mi llegada siquiera... ¡Cuánto tienes que perdonarme!

IRENE Si está excelente... (Martín descorcha una botella de Champagne y llena la copa de Irene, que se la ofrece para que la pruebe él.) Ahora yo.. Verás, te enteraré del maquiavelismo... Busqué un adorador de buena voluntad... y le convencí de que me acompañase hasta el cruce.

MART. (Con sobresalto.) ¿Un adorador?

IRENE Un indiferente... no se prestaría.

MART. (Agitado.) No comprendo... (Irene le sirve Champagne. En toda esta escena y la siguiente, según van acentuándose los sentimientos de Martín, como expresa el diálogo, Irene trata de distraerle dándole de beber; ella misma bebe, y los dos, sin embriagarse, acaban por estar algo aturdidos. Es una nota que no debe exajerarse.)

IRENE ¿Qué es lo que no comprendes?

MART. ¡Eso del adorador... eso de prestarse...!

IRENE Porque no te das cuenta de nuestro modo de vivir... Una mujer ni fea ni vieja, que anda entre la gente, tiene siempre adoradores. Yo eché mano del primero... del más asiduo... del condesito de Portalegre, y le rogué que me acompañase. Así, cuando esta expedición pudiese despertar recelos, en Portalegre pensarían...

MART. ¡Oh, Irene! ¡Qué abismo entre tu existencia y la mía! ¡Quiera Dios que no sea entre tu corazón y el mío!

IRENE ¿No te gusta una trama tan bien urdida, Martín? Desde que dejé el tren, me dirigí, por si alguien me observaba, hacia el Pazo de Ourente, y sólo al cerrar la noche cambié de rumbo, encaminándome por atajos hacia aquí... Como conozo de sobra estos contornos, me escurrí hasta la márgen del río, y ya frente al paso, te hice la convenida señal..

MART. Inés... no hablemos de más tu arte de engaño... No sé por qué, me es antipático todo eso... (Hace una seña á Santiago para que se retire. Santiago obedece) Le despido porque es preciso que estemos solos, ¡solos! para que te hable yo desde lo íntimo del alma... como nunca he podido hablarte... en aquellas fugaces conversaciones de Lisboa, al aire libre... (Pausa.) ¡Estás muy hermosa, Irene! La animación de esta aventura, como tú la llamas, enciende tus mejillas y aviva el fuego de tus ojos... Estás cual puede fingirte la imaginación, soñando goces ideales... Estás para trastornar á un hombre... (Irene ríe.) ¡A un hombre que no te quiera como yo! Alza esta copa, Irene; deseo brindar á tu espléndida hermosura, á la bondad que has demostrado viniendo á honrar esta casa solariega... (Irene bebe.) Y ahora, permite que te dé por escolta á Santiago,

que te acompañará hasta la quinta de las fidalgas, donde debes pasar lo que falta de la noche.

IRENE (Asombrada.) ¿Qué dices?

MART. Que es mejor, mejor para mí y hasta para tí, que esto no siga adelante. Invocaríamos á la felicidad... pero mentiríamos: yo, al menos, mentiría. Desde que has llegado, sufro... y te haré sufrir, sin remedio. Has hablado de disimulo, de engaños, cuando me hervía en el pecho el ansia de la verdad suprema, que es un amor como este. Aléjate, perdóname... y no te acuerdes más de mí.

IRENE (Acercándose, con zalamería.) Vamos, ya entiendo... ¡Se te ha atravesado lo que te conté de Portalegre...! (Le ofrece Champagne; Martín bebe, por instinto de aturdirse.) Pero, ¡qué graciosos son los celos, qué divertidos, y sobre todo, qué lógicos! ¡Portalegre viene hasta el cruce sirviéndonos de pantalla; tú me esperas aquí... y eres tú el molestado! ¡Tú el quejoso!

MART. No, Irene; no son celos; al menos, no son celos como tú los entiendes... Haré por explicarme .. Es que desde que entraste se me ha clavado aquí la idea de que mañana, ¿te haces cargo? mañana... no te dejaré marchar... Has venido por algunos instantes... ¡No basta esa gota de agua á mi sed!...

IRENE (Cariñosa.) Martín, ¿qué más pides? Estoy contigo... Tenemos unas horas de dicha... No las amargues...

MART. Mira que te aconsejo bien; mira que, si te quedas, luego no me resignaré á que vuelvas á ese mundo en el cual se miente y donde yo no quepo. No sabes mi condición; no sabes cómo busco y saboreo la profunda realidad, lo que es y no lo que finge ser.

IRENE Martín, no estás en tus cabales.

MART. Irene, estoy enamorado... Pero soy leal, y por eso te despido.

IRENE ¡Pero qué tono de gravedad! ¡Martín mío... estás echando á perder esta hora, única que poseemos, con discordias y exigencias!

MART. ¡Ay, de mí! En tus labios, Irene, debiera tener su templo la verdad... ¿Y si yo te preguntase?...

IRENE Si es capricho...

MART. ¿Me quieres, es cierto que me quieres también tú? Piensa lo que respondes.

IRENE ¿Estaría aquí si no te quisiese?

MART. Puedes estar porque te agrade la aventura... Tú le llamaste así... Acaso distrajo tu tédio.

IRENE Eres descortés é ingrato. Dices bien, debo irme. (Se levanta.)

MART. No, Irene, aguarda... ¡Un momento!...

IRENE Es que no sé qué te propones...

MART. Me propongo persuadirte de que esto es algo serio, algo que encierra nuestro porvenir. Te doy mi vida, te pido la tuya. Soy huérfano, nada me liga. Venderé mi hacienda, hasta este Pazo en que nací, en que residieron mis padres; hasta los muebles de estas habitaciones, que eran las suyas. Tú no tienes hijos, y al verte aquí debo creer que no tienes otros afectos... Iremos á donde nadie nos conozca... donde nadie te conozca, porque á mí, oscuro provinciano, nadie me conoce fuera de este rincón.... Viviremos sin apartarnos nunca. ¿No ves qué gloria? ¿Quieres, Irene, quieres, santa, inmaculada mía?

IRENE (Entre burlona y desazonada.) ¡Válgame Dios! El Champagne se ha subido á esta cabeza... ¿Todo eso vamos á hacer? ¿No se te ha ocurrido nada mejor? ¿Tan facil es que desaparezca como el humo una mujer de mi posición, unida á un personaje, que ha desempeñado altos puestos políticos y diplomáticos? Y además, tengo afectos; tengo á mi hermana, que á faltarle yo seguiría emparedada en Ourente, con las dos ancianas, y

sobre quien el escándalo de mi fuga refluiría, impidiéndola tal vez establecerse. Vamos... no me acibares esta corta noche de verano, Martín... No pidas imposibles.

MART. Mentiste al pronunciar la palabra amor.

IRENE No, no he mentido... ¿Pero acaso el amor es... eterno? ¿Lo crees tú?

MART. Y si tú no lo crees, ¿por qué estás aquí... aquí, donde vivió y murió mi madre?

IRENE (Conciliadora, resignada.) ¿Pero se trata de lo que yo crea? Lo esencial no es lo que creemos, si no lo que sucede, á pesar de nuestras manías y nuestros caprichos. ¿No adoras la verdad? Pues niño grande, la verdad es... que el vino se agota en las copas y el amor en los corazones.

MART. ¡Irene! ¡Déjame ya! En un minuto he llegado á odiarte. Mira si seré desdichado.

IRENE (Insinuante.) No es cierto. Ese odio... es forma de amor. Mira... (Arrastrándole al balcón.) ¡Mira qué hermoso! ¡La luna ha salido, y el río la refleja! ¡Parece una decoración de ópera! ¡Míralo antes de que cambie y con la mañana se borre el encanto!... ¡Todo lo dulce es breve!

MART. (Luchando.) Irene, no me ates los brazos... Me da horror tu experiencia... ¿Eres capaz de continuar respondiéndome la verdad desnuda?

IRENE Todo tiene su límite... La verdad es un veneno activo... Toma, bebe este otro licor, que es ilusión y espuma. (Le sirve otra vez.)

MART. (Bebe y arroja al suelo la copa, que se rompe.) Envenenado está igualmente este vino, y de tu mano sólo aguardo lo que turba la razón, lo que mata.

IRENE (Enojada.) Ahora, definitivamente, sigo tu consejo, y me voy. ¡Para situación ridícula, esta! ¡Si lo supiese la gente de Lisboa, cómo se reirían de mí! Nadie lo sabrá, pero yo lo sé, y mucho tiempo me escocerá la herida... A bien que pronto he de alejarme de Portu-

gal; la carrera de mi marido lo exige; nos enviarán á Inglaterra. No pienses, pues, en reconciliaciones; la hora era fugaz... y ha transcurrido. (Va á recoger su abrigo y su velo y sombrero.)

MART. (Exaltado, cogiéndola violentamente por el talle.) Una palabra... ¿Era yo tu primer amor?

IRENE (Con despecho y algo de desdén.) ¿Sigues con la tema de pedir verdades?

MART. ¡Mil veces, sí! Es preciso que sepas... Una noche, en Lisboa, estabas radiante en tu platea... Yo te miraba... oí que te nombraban injuriándote... Me aposté á la salida, seguí al malsín, y le molí á bastonazos, huyendo después. Como caballero debí proceder de otro modo... pero no quería que ni aun por levísimo indicio pudiese sospecharse la causa... Temía por tí... Esto hice... ¿Mentía aquel hombre?

IRENE (Altanera.) ¿Qué decía?

MART. Te atribuía intrigas amorosas, infamias...

IRENE Así llama cualquier celoso á lo que le molesta... Querer á otro, es infamia; quererles á ellos, virtud.

MART. ¡Es que yo... no soy cualquiera...! Yo no me parezco á los de tu corrompido círculo... Es que yo te quiero de otra manera, sagrada, honda, inmensa, perdidamente; es que yo... ¡Contéstame ó haré un desatino, Irene! ¿Mentía el... el calumniador?

IRENE Ni tú, ni hombre alguno, tolera el esplendor de la verdad.

MART. ¡Venga! (Coge de las muñecas á Irene.)

IRENE (Desasiéndose.) ¡Qué brutal grosería! Me has hecho daño... Mereces, mereces esa verdad que tanto deseas... Sábelo, he querido, sí, antes de conocerte...

MART. Sigue, sigue...

IRENE Y es posible que después...

MART. Adelante, no te detengas, pronuncia el nombre... ¿Portalegre, no es eso?

IRENE (Fuera de sí.) Si te empeñas, Portalegre... (Quiere marcharse.)

MART. (Dando un salto y alcanzándola cerca de la puerta.) ¡Irene, Irene mía! Dí que has mentido, dilo. (Se arrodilla á medias.)

IRENE ¿No querías verdad? Ahí la tienes y completa: la verdad del pasado, y la futura...

MART. ¡Oh! ¡Calla! ¡Yo... yo ahogaré las palabras en tu boca! (La echa las manos á la garganta. Luchan y van retrocediendo hacia el balcón, haciendo caer algún mueble, á fin de que se adivine el trágico desenlace de la escena, que termina en el balcón mismo. Irene, al principio, exhala gritos sofocados; después calla, y Martín entonces la suelta, cayendo ella al suelo, y quedando la mitad de su cuerpo en el balcón, fuera la otra mitad. Martín entonces avanza en la actitud que el actor juzgue oportuna; luego vuelve hacia el balcón, y se inclina sobre el cuerpo de Irene.)

ESCENA VII

MARTÍN DE TRAVA, después SANTIAGO

MART. ¡Irene! ¡Irene! (Alza la cabeza de Irene.) ¡No contesta! ¡Irene! ¡Respóndeme! ¡Esto es una pesadilla! La habitación da vueltas... Ea, Irene, mírame... Estaba loco, fué un acceso, no me castigues con este silencio cruel... ¿Será un desmayo?... (Corriendo á la puerta y abriéndola.) ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Socorro!

SANT. (Entrando.) Señorito... ¿Qué ocurre?

MART. ¡La señora!... ¡La señora, que no contesta! Echale agua... Dale aire... Haz algo... ¡Yo.. yo no puedo! (Se desploma en el sofá.)

SANT. (Acercándose al cuerpo de Irene, lo levanta en peso, lo toca, contempla el rostro, y la deja caer otra vez.) No es desmayo, señorito del alma... Es un mal muy grande... ¡Muy grande!... ¡Es... es muerte!

MART. ¡No puede ser! ¡Yo no la maté! ¡Yo no quise matarla!

SANT. Que quisiera que no, matóla, señorito.

MART. ¡Yo! ¡A ella! ¡Con estas feroces manos! ¡Que me maten también! ¡Que me maten! ¡Santiago, mátame tú! ¡Si eres leal, mátame!

SANT. Señorito, calle... No grite... Ya nada se remedia... No ha de resucitar... Pueden oír, acudir; prenderán al señorito...

MART. ¡Qué me importa! ¡Irene! ¡Irene!

SANT. Señorito, ahora manda Santiago y nadie más... Sin demora, el señorito sale para Oporto. Nadie sabe que el señorito vino aquí esta noche. (Sombríamente.) Si alguien lo supiese, callaría. ¡Buen cuidado tendría de callar! Lo demás corre de mi cuenta. Va á amanecer... ¡Dese prisa!

MART. ¡Ya nunca amanecerá para mí! (Se inclina sobre Irene y la besa.) ¡Mi amor, Irene! ¡Fuí yo! ¡Fuí yo!

SANT. No diga eso... Diga, al contrario, siempre, «¡yo no fuí!» si llega el caso de declarar...

MART. ¡No quiero separarme de ella!

SANT. ¿En qué está pensando? A escape... ¡Véngase! (Forcejea con Martín y lo saca violentamente de la habitación. Al salir, Santiago cierra la puerta del fondo con llave.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La cocina del Pazo de Trava. Enorme chimenea de campana, de piedra, con un blasón pequeño en el dintel y bancos de madera á los costados. La izquierda del escenario deben ocuparla casi esta chimenea y una reducida puertecilla, practicable, que se supone que sale al corral. Al fondo gran puerta practicable, que al abrirse deja ver el patio, con un árbol de grueso tronco. Si se cree conveniente para el efecto escénico, puede haber también, al fondo, ventanas con reja, que permitan ver igualmente el patio. A la derecha, puerta que comunica con el zaguán. No lejos de la chimenea, vasta mesa de madera tosca: á la izquierda, alacena: convenientemente repartidos, asientos groseros, negruzcos, instrumentos de labranza, artesa de amasar, espeteras con batería de cocina nueva y brillante. El fuego arde, y cuelga de los llares el pote, pero también hay cacerolas finas arrimadas á la lumbre. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MIGALLA y JUANA. Juana atiende á los pucheros, espumándolos y dándoles vueltas. Migalla, ante la mesa, pela patatas que va echando en un lebrillo. Es una niña que viste zagalejo y lleva el «dengue» del país.

JUANA — Avíspate, despabila, rapaza, que van siendo horas.

MIG. — No hay manos para más... Una arroba llevo pelada. Diga, ña Juana: ¿tienen los señores la barriga mas grande que nosotros?

JUANA ¿Por qué?

MIG. Por tanto asombro de preparar comida. Cien pobres se hartarían con lo que disponemos. ¿Cuántos señores vienen por todo?

JUANA A derechas ni lo sé. Pareceme que es el señor, la señora, la niña pequeña, y una inglesa que la cuida... Pero traen mucho servicio; para señores y criados se han preparado nueve camas.

MIG. (Arrojando el cuchillo.) No pelo más. Aunque sean lobos, sóbrales.

JUANA ¡Hase visto! ¿Qué sabes tú? Es de señores comer mucho y dejar más todavía. Las fuentes han de volver á la cocina casi llenas.

MIG. ¡Ya! ¡Cosas del señorío!

JUANA Claro, mujer... Cuando me llamaron para cocinar aquí salía yo de casa del señor conde de Brito; me despacharon porque á la señora condesa, que es maniática, se le antojó un cocinero negro más feo que el coco. Pues en casa del señor conde, vendía yo á las fondas de Oporto, á diario, cuatro marmitas de sobras.

MIG. ¡Qué pecado!

JUANA ¿Pecado? Yo no robaba nada; sobras eran... Lo que hacía era comprar abundante, ¿entiendes? Los señores en algo se han de diferenciar...

MIG. Por supuesto. . Los señores, de suyo, requieren otra mantenencia... Con unas berzas y un poco de unto nos apañábamos el señor Santiago y yo, y aun quedaba para los perros; verdad que el señor Santiago no es un señor... ¡como el señor! Ya me comprende.

JUANA Ahora es distinto... Me tendrán que habilitar una cocina á la moderna, porque en esta no me entiendo... y quitar de ahí esos trastos, que me estorban...

MIG. Dicen que el señorito no permite que se toque á nada. Ni echar al tejado una teja, ni una tabla á los pisos. Así está todo.

JUANA (Con curiosidad.) ¿Conoces tú al señorito? Cuentan de él...

MIG. La última vez que le ví era yo un tapón y apastaba la vaca. Porque yo no entré á servir al señor Santiago hasta morir la señora Ildara, que era su madre.

JUANA ¿Y cómo es el señorito?

MIG. No despreciando á nadie, muy humano... Dióme una peseta y un beso en las manzanas de la cara

JUANA ¿Nunca más volvió aquí desde entonces?

MIG. Yo no sé si volvería. Se corrió por la aldea que andaba muy malísimo, que le daban... así... unos arrebatos... El vivía en Oporto. Luego corrióse que estaba mejor, y luego que casaba con la señorita joven de Ourente, hermana de una que se escapó de su casa ó la mataron ó no sé qué... Y esto lo oí yo en una deshoja de maíz; porque el señor Santiago, cuando le pregunto, me bufa y me regaña los dientes.

JUANA ¡Es tremendo Santiago! Pero es todo un hombre. ¡Eso sí! Y formal, y sin vicios, y que no estraga el dinero como hacen otros.

MIG. Pero cuando se torna serio... quiere decir aun más serio... mete respeto su cara. Luego, como no habla sino para reprender... ¿Los señores amos serán más fabladeros?

ESCENA II

DICHAS y SANTIAGO, por la puerta del fondo. Trae al hombro la escopeta, y al cinto una alforja de red llena de caza.

SANT. ¿Ya estais haciendo conversación de los amos? ¿No tengo mandado que no los toméis en boca?

MIG. A mí díjome la señora Juana...

JUANA Fué ésta que preguntó...

SANT. (A Migalla.) Tú, al corral á desplumar estas perdices y desollarme esta liebre... (se desciñe la alforja y se la entrega á Migalla. Este sale por la puertecilla de la izquierda.)

ESCENA III

SANTIAGO y JUANA. Santiago se sienta ante la mesa, saca la petaca y pica y lía un cigarro: Juana se le acerca solícita.

JUANA Por tu vida me digas, Santiago... ¿Por qué nos tienes tanta tema á las mujeres?

SANT. (Con un gesto de desdén.) Por lo mismo.

JUANA ¿Por lo mismo?

SANT. Por esto que haces tú... Por curiosas; por la maña de preguntar... y porque de ellas viene todo el mal del mundo.

JUANA Y de vosotros, ¿qué viene? ¿Onzas de oro y libretas de pan? (Santiago no responde.) Ya te conozco, ya, en el mes que aquí llevo aguardando á unos señores que nunca llegan... Siempre callado para que no se te vea la color del pensar, que debe de ser como la del betún...

SANT. No sé qué falta hace que hable yo. Hablas tú por mí y por una docena. (Pausa.) Dame un cuenco de caldo bien caliente.

JUANA ¡Cuitado! ¡Tendrás el estómago como la pura nieve! ¡Desde la madrugada en el monte! (Saca con diligencia la taza de caldo.) Toma: es del pico del pote y trae la buena gordura. Hasta tajada lleva, galán. Y si quieres, te frío un bisté de la carne que hay para la cena de los señores.

SANT. Esas bribonadas harás tú.

JUANA ¡Mal agradecido! Ni siquiera abrirás la boca para decir: ¡sábeme el caldo, Juana!

SANT. Ya abro y cierro la boca para comerlo.

UANA ¿A cuánto se vende la onza de conversación? ¿Llevan caro por colgar la lengua otra vez, si llegase á descolgarse con el uso?

ANT. No sé qué falta te hace mi platicar.

UANA No hay aquí sinó nuestras dos personas... ¿Con quién ha de tenerse un habla, sino contigo?

ANT. Con Migalla.

UANA ¡Valiente personaje! No sé cómo se te ocurrió tomar una criada por el estilo.

ANT. No hallé mujer más menuda en toda la parroquia.

UANA ¿Tomástela por menuda?

ANT. De lo malo, lo menos.

UANA ¡Desvergonzado! (Pausa.) A fe, si llego á saber lo que aquí pasa, no vengo ni arrastras En buena casa me he metido. No me sé acostumbrar. Todo tan á la antigua... una cocina tan vieja... y de noche, unos miedos que no puedo dormir...

ANT. (Sobresaltado.) Miedos.. ¿á qué?

JANA ¡Eso es lo peor... que no sé á qué tengo miedo! pero miedo, tengo muchísimo, aun no bien anochece. ¡Esas bodegas tan oscuras! ¡Esas cubas tan enormes! Parece que detrás hay cosas del otro mundo.

ANT. ¡Mal rayo te abrase, bruja!

JANA ¡Ave María! ¡No te indignas poco! ¿Si será cierto lo que me dijeron en la posada de Monzón?

ANT. (Procurando dominarse.) Buenos embustes te dirían.

JANA Dijéronme... Pero te vas á enfadar otra vez.

ANT. (Afectando buen humor.) Echa por esa boca; será cuento de risa.

JANA Pues oye... ¡Dijéronme... que habías matado á tu misma madre!... Matarla con un cuchillo, no; pero que la encerraste en un cuarto sin dejarla más salir ni hablar con persona de este mundo, y que así se fué muriendo. Y que se quejaba, y que de noche se te

aparece... ¡Que se ven luces andando por casa, y que es el alma de tu madre!...

SANT. (Sacando un pañuelo de color y limpiándose la frent ¡Arrea almas! (Pausa.) ¡Estás fresca si das cr dito á decires! En esa misma posada de Mo zón, por cierto, contáronme á mí que tú h bías salido de casa del conde de Brito con baul registrado y la policía avisada.

JUANA ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Maldades de la gent

SANT. Por sabido.

JUANA ¡Así les nazca una culebra en la boca!

SANT. Amén. (Enciende el cigarro y lo chupa.)

ESCENA IV

DICHOS y MARTÍN. Martín entra por la puerta del fondo. Viste d camino y campo. Se detiene un momento en el umbral, demostrand emoción. Al fin exclama:

MART. ¡Santiago! ¡Santiago!

SANT. ¡Mi amo! ¡Señorito! (Hacen un movimiento com para abrazarse, pero se detienen á igual distancia, mi rándose intensamente.) ¿Viene solo?

MART. Solo vengo. Me adelanté por el atajo. La se ñorita y la niña salen ahora del Pazo d Ourente. ¿Está arreglado todo?

SANT. Todo está en orden. La señora, mi ama puede venir cuando quiera.

MART. (Volviéndose con cierta inquietud hacia Juana.) Est es...

SANT. La cocinera que he encargado á Oporto po orden del señorito.

JUANA Servidora..

MART. Sí, es preciso dar descanso al ama Ildara...

SANT. Señorito, ya le ha dado su descanso Dios.

MART. (Sobrecogido.) ¡Muerta! ¡Santiago, qué tendrá la muerte! ¡Una cosa tan prevista, y siempre ha de sorprender! ¡Pobre ama Ildara! ¡No había hecho mal á nadie! (Pensativo.)

ANT. ¿Quiere el señorito ver las habitaciones cómo las dispuse?

ART. Déjame descansar un poco. Vengo mareado... Tengo las piernas quebrantadas... (se sienta dando señales de fatiga.) ¡Que me traigan un vaso de agua fresca, bien fresca... un vaso grande!...

JANA A buscarla voy al mismo caño de la fuente... La que hay aquí se habrá recalentado. (Toma un jarro y sale por el fondo.)

ESCENA V

MARTÍN DE TRAVA y SANTIAGO

NT. (Mira alrededor, y al cerciorarse de que están solos, se acerca á Martín y le dice casi al oído.) Viva á gusto, señorito... No queda ni señal...

ART. (Con doloroso extravío.) ¿Dices?...

NT. No le escribí al señorito nada de este caso, porque un cacho de papel vende á un hombre; y se lo digo ahora, porque en llegando la señora, mi ama, y luego en toda la vida del mundo, no se debe volver á tocar conversación semejante. Pero le repito que esté descansado. ¡Aunque viniese ahora, una suposición, la justicia, y registrase piedra por piedra la casa, y la arrasase hasta los cimientos, ni esto encontraría! Y ya no vive mi madre, que era el único testigo...

ART. (Espantado.) ¿Testigo? ¿El ama Ildara sabía?

NT. (Sombriamente.) Más de lo que cumplía que supiese... Vió la mesa puesta para dos; conoció que el señorito venía á Trava aquella noche...

ART. ¿Lo ves, Santiago? Nunca es posible ocultar del todo nuestras acciones... Alguna circunstancia inesperada echa por tierra la obra de cautela y engaño.

NT. ¡No señor! ¿Para qué estaba yo aquí? Como

sé que las mujeres no pueden sujetar la len-gua, desde la mañana siguiente. . ¿me en-tiende, señorito? la encerré en un cuarto.. allí le llevaba la comida .. pero la llave e mi bolsillo. . bien segura. ¡No tornó á comu-nicar con nadie!... ¡Y fué bueno! Porqu aquí no paraban de charlar y charlar sob tal asunto...

MART. ¡Calla, calla, Santiago! Desde que he entrad aquí y sobre todo desde que conversamos parece que se suprime la distancia, que e tiempo retrocede, que lo presente es lo pa-sado, y que seis años transcurridos tiene la duración de un minuto... No, pues tú d hablador no solías pecar.

SANT. Perdóneme, pero es al objeto de que el se-ñorito esté sin el recelo menor. El cuerp que escondí en la bodega...

MART. ¡En la bodega!...

SANT. Lo saqué... Lo quemé... Quemé las ropas. Fué ceniza... Eché la ceniza al río... Puede venir. No hay prueba, no hay testimonio.

MART. (Abrumado.) ¡Aquel cuerpo! ¡El de Irene! (Pausa ¡Santiago, amigo mío... te doy gracias!... mi vez, tengo algo que advertirte .. Ya sabe que mi mujer es...

SANT. (Misteriosamente.) La propia hermana...

MART. Sí, la señorita joven de Ourente... ¿La co-noces?

SANT. No señor... Yo no fuí por allá nunca .. Per sea bienvenida mi señora ..

MART. Te prevengo que cuando la veas. .

ESCENA VI

DICHOS. MIGALLA por la puerta de la izquierda, corriendo, sofoca-dísima; á la vez, JUANA por la puerta del fondo, con el cántaro lleno

MIG. ¡Señor Santiago! ¡Señor Santiago! (Al ver Martín se detiene asustada.)

SANT. (Encolerizado.) ¿No te dije que no asomases por aquí?
MIG. Es que... es que han entrado por la puerta del corral...
SANT. ¿Pero quién?
MIG. ¡Los ceviles de á caballo!
MART. (Involuntariamente) ¡La guardia! ¿A qué viene á esta casa la guardia, Santiago?
SANT. (Con calma.) Viene á cada paso, señorito... Siempre que les coge de camino, descansan en la cocina... (A Migalla.) ¿Tú de qué te pasmas, tonta?
MIG. ¡Es que traen un preso!
SANT. ¿Un preso?
MIG. Atado así, con perdón... ¡Parece que viene muriéndose, ay madre mía!
SANT. Algún buen pájaro será..
MIG. Y quieren entrar aquí con él...
SANT. Entren enhorabuena... ¡Migalla, maíz para los caballos! (Sale Migalla.) Señorito, no se moleste, suba á sus habitaciones...
MART. No, aquí aguardo...

ESCENA VII

MARTÍN, SANTIAGO, JUANA, DOS GUARDIAS, EL CABO, SANGRE NEGRA. Trae amarrados los brazos al cuerpo con cuerdas, y grillos en las manos.

CABO A la obediencia de usía, porque supongo que es el señor don Martín... Ya sabíamos por los del puesto de Limelle que hoy pasaría el río con su digna familia, para venir á este palacio, y teníamos pensado acercarnos y ofrecernos para lo que sea servido de mandar. Venimos á molestar antes de lo que habíamos determinado, porque hará una hora que dimos alcance á éste, y como desde ayer le sigue toda la guardia y le vamos

acorralando, no ha probado alimento, y si no toma un bocado... no sabemos cómo hacer.

SANT. Juana, con licencia del señorito, caldo para todos y vino para los guardias.

CABO Se estima, pero nosotros hemos almorzado. Este es quien...

SANT. Un vaso de vino fresco, sin gana se toma.

SANG. ¡Agua! ¡Por caridad, un poco de agua!

MART. Juana, el jarro... El agua fresca que trajiste para mí... Una taza... (Se acerca á Sangre Negra y le sirve. Después bebe él por la taza misma y todos le miran con extrañeza.)

CABO Señor, no se digne... No sabe quién es este mirlo... Nos ha hecho sudar... Se nos ha emboscado en sitios que sólo las fieras... Pero como ya estábamos determinados á que no se nos metiese otra vez en Portugal, le acosamos tanto, que el hambre le rindió. .

MART. ¿Y qué ha hecho este... desventurado? (Juana saca el caldo, para Sangre Negra.)

CABO ¡Desventurado! ¡Si es más malo que Caín! ¡Por algo le llaman *Sangre Negra!* Ha hecho mil maldades, y por escapar de la justicia, andaba trabajando en una carretera, cerca de Monzón... Y cátate que hace dos noches pasa la frontera y viene á degollar á su mujer.

MART. (A Sangre Negra.) ¿Por qué mataste?

SANG. (Gimoteando.) Son falsos testimonios... Yo no la maté, señorito...

CABO Si se les pregunta á ellos...

SANG. Así Dios me salve... Tan cierto como que nos tenemos de morir... Así caiga una chispa y me parta, soy inocente.

CABO ¡Inocente! Y me dijo á mí uno que trabaja en la carretera, que cuando oyó si su mujer andaba ó no andaba... ¡allí mismo juró que la cortaría el pescuezo!

MART. Mire usted, Cabo, cómo se le hinchan las muñecas, qué destrozada trae la ropa.

CABO ¡Buen milagro! Hubo que cazarle como á un tejón, entre los espinos... También nos pusimos regulares nosotros. Mal ganado es este, señor de Trava.

MART. Somos malos todos los hombres...

SANG. (Explotando la visible compasión de Martín.) Señorito, por quien tiene en el otro mundo, por el alma de quien más quiera, pida que me desaten los brazos, que me quiten los grillos... ¡Me hacen trizas! ¡Es una crueldá!

MART. (Ansiosamente.) Cabo, ¿no se podría?...

CABO Señorito, ¿y si se nos larga esta buena pieza? Usía no le conoce... ¡Ni una anguila! Se ha fugado ya dos veces de la cárcel, donde estaba por haber pegado fuego á los pajares del vecino...

SANG. ¡Calunia! ¡El mismo arrimó la lumbre para perderme! (Envalentonándose porque vé que le atiende Martín.) Todas son invenciones y delataciones, señor. Soy inocente de cuanto me acumulan.

MART. Habla de otro modo, desdichado, si quieres que me apiade... Dí la verdad y te abrazaré. (Acercándose á Sangre Negra.) ¿No sientes deseo de confesar lo que hiciste? ¿No te sube á la boca la palabra sincera? ¿No hay en tu corazón un peso, un peso enorme, que se aliviaría si confesases? (Sangre Negra le mira asombrado.)

SANT. Señorito... (Pasa entre Sangre Negra y Martín; pero éste, con autoridad, le aparta.)

MART. No creas que el silencio borra la acción. Callarás, pero hablarán por tí tus ojos, tu cara, los sitios donde cometiste el crímen... Y por más que hagas desaparecer hasta la última huella, hasta el más insignificante rastro...

SANT. ¡Señorito! ¡Mi amo! Atienda...

MART. (Sin hacerle caso.) Por más que á tu alrededor nadie llegue á sospechar, que todos te respeten, que parezcas feliz...

SANT. (Con violencia.) Señorito... A este hombre no le importan semejantes conversaciones... No se distraiga, la señora va á llegar.

SANG. Señor compasivo de la buena alma, pida que me quiten los grillos y yo diré la santa verdá. Y que me den una meaja de aguardiente, que tengo el cuerpo cortado y no me entra la comida..

MART. Cabo... por favor... (El Cabo y los guardias se hacen una seña de inteligencia, y resignados, de mala gana, quitan á Sangre Negra los grillos y los cordeles.) Come y reposa un instante... Juana, tráele á este hombre ron ó coñac... lo que haya... y prepárale una taza de café.

JUANA (Gruñona.) ¡Ron! ¡Café!

MART. ¿Hay que repetir la orden?

JUANA Yo, por mí... (Busca precipitadamente, en una alacena, lo que Martín pide.)

CABO Señorito, déjese de tantas bondades. Si usía no dispone otra cosa, nos vamos á Tuy.

SANT. (Aprobando.) Los caballos ya habrán comido su pienso.

CABO Se nos hace tarde. (A Sangre Negra.) Ea, alza arriba.

SANG. (Hace un esfuerzo para incorporarse y le faltan las fuerzas realmente.) ¡No puedo! ¡Caridad de un cristiano!

MART. ¿No ven que es imposible? Este hombre no tiene ánimos. Cabo, quédense ustedes... Hoy les damos aquí cama, y mañana temprano...

CABO Se estima, don Martín, pero hay que cumplir la obligación. Rendidos vamos todos...

SANG. (Confidencialmente á Martín.) Ellos llevan caballo, y yo voy á pie...

MIG. (Entrando, aparte á uno de los guardias.) ¿Lo soltaron? ¿Hará daño?

GUARDIA No tengas miedo, puedes acercarte. (Migalla se aproxima y mira con curiosidad, asustada, á Sangre Negra.)

SANT. (Que ha oído el diálogo entre Sangre Negra y Martín.) Ahora mismo voy á darle mi yegua... Tú

Migalla, sácala por el corral.. Echale el albardón... (Sale Migalla otra vez.)

CABO Muy compadecido es don Martín. Es un santo... (Sangre Negra bebe el ron que le sirve Juana, y da señales de recobrar fuerzas)

ESCENA VIII

DICHOS, menos MIGALLA; EL CURA, EL NOTARIO. Ambos visten de domingo y, al entrar, saludan respetuosamente á Martín

CURA Bien venido sea el señor de Trava, después de tantos años como hace que falta de su casa solar... Supimos que al fin venían hoy, no sólo usted, sino la señora y el angelito.. Nos ponemos á su disposición; en cuanto ocurra, mandar con franqueza á un humilde capellán.

NOT. Igualmente. Servidor, el notario de Trava, que se alegra infinito... ¿Pero cómo es esto? ¿La señora no ha venido todavía? ¿Vendrá de fijo? Porque la gente anda alborotada, y quiere hacer fiesta. Hoy ningún mozo de la parroquia ha consentido entrar al trabajo, y dicen que han de bailar aquí en el patio, según es costumbre antigua, y que han de echar cohetes para que los de la otra orilla, los extranjeros, vean que hay rumbo.

MART. Que todo se haga según lo acostumbrado... Santiago, que se les dé luego de beber...

CURA (Aparte al Notario.) Parece que está así... como distraído.

NOT. (Aparte al Cura.) Ni nos ha mirado... Igual que si no estuviésemos delante.

CURA (Al Cabo.) ¿Este es el célebre Sangre Negra? ¿El que dió tormento al párroco de Reibós para robarle?

CABO El mismito...

CURA Por si acaso, convenía sujetarle mejor, que ese se escapa por el agujero de un silbato...

NOT. Vuélvanle á poner los grillos... A ese hay que clavarle á una tabla como los murciélagos...

MART. Señor Cura, señor Notario, no aprieten el tornillo... Yo he sido quien rogó al Cabo que llevase con más humanidad á este hombre.

NOT. Si usted aboga por tal perillán... Mire que es el Sangre Negra, un foragido temible.

MART. ¡Un hombre como nosotros! Pero que si delinquió, va á expiar... No todos pueden decir eso... Señor Cura, exhórtele, persuádale á que confiese..

CURA ¿Que se confiese conmigo? No sería malo, si venía contrito el penitente.

MART. Más aún... Que se confiese en voz alta, para que le oigamos todos...

CURA ¡Don Martín! ¿En qué quedamos? ¿Usted le ampara, ó no? Eso es como si le dijese: «Ponte con tus manos la argolla».

NOT. No hay mejor padrino para estos que Juan Niega...

ESCENA IX

DICHOS y MIGALLA

MIG. Ya está la yegua lista.

CABO A la obediencia, don Martín, y la compaña. (A Sangre Negra.) Suerte tienes... Vas á ir á caballo, como un hombre de bien... ¿No le dices al señor de Trava un mal «Dios se lo pague»?

SANG. (A Martín.) Señor de la buena alma, espero en su noble protección para que se aclare la verdá..

MART. Aclararla es tu deber... ¡Confiesa!

CABO (Aparte á los guardias.) En cuanto nos apartemos un poco, arreármele otra vez los cordeles y los grillos. (Salen por la puerta del fondo.)

ESCENA X

DICHOS, menos el CABO, los GUARDIAS y SANGRE NEGRA

JUANA (Aparte á Santiago.) Vayan con mil pares de santos.

SANT. (Enjugándose la frente con su pañuelo.) ¡Amén!

MIG. ¿Se escapará el descomulgado? ¿Tornará aquí al oscurecer á cortarnos el pescuezo?... (Se acerca á la puerta y mira.) Ya se van... Ay, ahora se paran... Es que se han encontrado con señores. Con muchos, muchos señores que ahí vienen.

ESCENA XI

DICHOS, ANITA, el aya inglesa, con la niña, criados, aldeanos y aldeanas. A todos estos personajes y comparsas se les ha de ver por la puerta del fondo, sin que entren en escena, excepto Anita, que viste de camino, trae un velo á la cara y lo alza, sonriendo, mientras Martín se precipita hacia ella.

MART. ¡Anita! ¡Ana! ¡Por aquí no! Por la escalera principal... Te guiaré.

SANT. (Que se ha precipitado también, y al ver á Anita retrocede con espanto.) ¡Jesús me valga! ¡Los muertos tornan acá! (Aldeanos y aldeanas gritan alegremente en el fondo, formando cuadro. Estallan algunos cohetes.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El jardín del Pazo de Trava, antiguo y melancólico, sin flores, hecho de dibujos de mirto que trazan las armas de la casa y van borrándose por no haber sido recortados. A la izquierda, en segundo término, una fuente barroca, medio cubierta de enredaderas. En primer término, á la derecha, un banco de piedra del mismo estilo que la fuente, sombreado por un árbol copudo. Al fondo, en último término, una balaustrada de piedra que cae sobre el río y deja ver una lejanía de montañas. A la izquierda, la fachada del Pazo. Hora, la caída de la tarde. Al concluir el acto, anochece.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN DE TRAVA, sentado en el banco; después, SANTIAGO, por la izquierda

MART. ¡Qué comida tan interminable! ¡Qué sobremesa! Por fin se ha ido esa gente.. Los bocados aquí se detenían y de aquí no pasaban, ahogándome... No; lo que me ahogaba, era el dogal que siempre llevo al cuello. (Viendo á Santiago.) ¡No le dejarán á uno solo!

SANT. Señorito, vengo á molestar...

MART. No... Ahora me acuerdo, tenía que preguntarte... ¿Ayer te impresionaste, no es cierto? ¿En el primer instante... cuando viste á la señora?

SANT. Sí, á fe... Como es la misma cara de... Al improviso, no puede un hombre disimular... Perdone si no me supe vencer.

MART. Lo que yo te decía, Santiago... Siempre asoman á flor de tierra los pies de la verdad, por mucho que la enterremos.

SANT. No señor, eso no... ¡Cuando hay resolución de que no asomen, qué habían de asomar! (Pausa.) Yo venía á decirle... Acaban de llegar dos mozos con la noticia de que el Sangre Negra se escapó ayer, apenas perdieron de vista los ceviles esta casa, y la guardia anda otra vez en su persecución.

MART. ¡Ya está en libertad el desgraciado!

SANT. Y los guardias van contando que si logró largárseles, fué motivado á haber el señorito dispuesto que se le quitasen las ataduras y á haberle dado la yegua.

MART. ¿Cuentan eso? ¿Y qué importa?

SANT. Señor... yo no soy nadie... lo que el señorito mandare bien mandado está... pero, dispensándome, le aviso que es mejor que no haya conversaciones de la gente en lo tocante á cosas de la justicia... Bastantes hubo; ¡así se les seque la saliva en la boca! Y el señorito trató con tanto amor á ese Sangre Negra...

MART. Te consta que no tengo por qué despreciarle...

SANT. ¡Válgame Nuestra Señora! Será así... porque lo dice el señorito... y no he de desmentirle... Pero no conviene que lo sospechen; conviene que vivan engañados.

MART. ¡Siempre el engaño! ¡Si supieses cómo me pesa!

SANT. ¡Señorito! Aunque le pese, resista... Y asegure la cabeza, porque desde que entró ahí ese indino, parece que se le va .. por las nubes... Los señores han de mirar, lo primero de todo, á la honra.

MART. (Aparte.) Esa palabra *honra* me sonaba de

otra manera, en otro tiempo... Ahora no parece sino que es palabra de una lengua muerta, que expresó grandes sentimientos de hombres ya muertos también...

SANT. No me corresponde aconsejar, pero el señorito nunca debió tornar aquí...

MART. En eso es posible que tengas razón... Vine, porque sentía un anhelo de venir, como el que tiene calentura lo siente de beber... Hace seis años salí de esta casa, ya sabes en qué estado... No me fuí, me arrancaste, me echaste... y desde esa misma fecha ansío volver..

SANT. (Aparte.) ¿Estará en su juicio?

ESCENA II

DICHOS, ANITA, que aparece por la derecha, como si viniese del Pazo. Santiago, al verla, se retira; Martín, que no la ha visto, permanece entregado á su cavilación

ANITA (Acercándose á Martín por detrás del banco, y poniéndole la mano sobre los ojos.) ¿Quién soy yo?

MART. (Separando suavemente las manos de Anita.) Te diría que eres Ana... pero á veces no estoy seguro de ello; me pareces otra.

ANITA ¿Otra te parezco? ¡Qué cosas dices! Explícame eso, Martín mío.

MART. No hagas caso... No sé qué dije.

ANITA ¿No he de hacer caso, no he de atender á las palabras de mi esposo? Además, óyelo... tengo que ocuparme de tí. (Se sienta en el banco, al lado de Martín.) ¿Cómo he de avenirme a que estés siempre triste? Eso ha llegado á darme mucho qué pensar. Somos jóvenes, nos hemos unido hace poco, poseemos los elementos de la dicha, y nunca pasamos una hora alegre, expansiva, de esas en que se recoge felicidad para un año. Yo no sé

si me equivoco... pero desde que hemos llegado aquí, te noto más pensativo aún.

MART. No te equivocas.

ANITA ¡Ah! ¿Conque acierto? Pues es preciso que inmediatamente sepa yo la causa... Soy tu mujer y no conozco lo que llevas dentro del pecho... Martín, escucha... yo te he querido siempre. Era una niña, y guardaba las flores que tú arrancabas distraído y dejabas caer en el jardín. En el Pazo de mis tías hay una caja llena... Puedo enseñártela. Ya ves... Niñerías... Pero en mi interior, yo sentía como mujer... y me parecía que tú me mirabas, y se me encendía la cara y se me desvanecía el sentido...

MART (Dulcemente.) ¿Tanto me quisiste?

ANITA ¡Mucho más! ¡Hasta se lo escribí á la pobre Irene!... En mis cartas no te nombraba, pero recuerdo que la decía: «tengo un amor muy callado...» Ella me embromaba y juraba que arreglaría la boda... Así es que me consideré destinada para tí... Y después de la desgracia... cuando supe que estabas enfermo en Oporto... no hacía sino preguntar... Murieron las tías, y allá me fuí con la esperanza de verte... Me acuerdo del efecto que te produjo entonces encontrarte conmigo... Un efecto extraño...

MART. No fué extrañeza, fué atracción...

ANITA No lo parecía... pero debió de serlo, porque ya nos vimos con frecuencia, hasta que... De mí partió la idea de nuestra boda, Martín mío... ¡De mí, que no te había olvidado un instante!..

MART Es dulce escucharlo, Ana...

ANITA Ya ves que no es justo que me ocultes tus penas... ¿Es cuestión de salud? Iremos á París, te consultarás... ¿Es algo moral? Me pertenece. Martín, así no podemos continuar. Yo no lo soporto.

MART. ¿Tienes alguna queja de mí, Anita? ¿No te

hago dichosa? Es mi mayor deseo; es además mi obligación.

ANITA No es queja... O más bien, es queja cariñosa... Es que me duele que me ocultes un secreto.

MART. (*Estremeciéndose.*) ¿Un secreto?

ANITA ¡Lo ves! ¡He acertado! ¡Secreto hay! Hay algo que recatas de mí... (*Pausa.*) Martín, nadie me quita de la cabeza que tú has querido mucho, mucho, á otra mujer... No me acerco á tu alma sin encontrar un no sé qué invisible que me rechaza, que me cierra el paso... y no puede ser sinó un recuerdo.

MART. (*Con intención.*) Puedo jurarte, Ana, que tu rostro es el de la única mujer á quien he adorado.

ANITA Debiera alegrarme... y no lo consigo. Entre tú y yo sigue en pie el secreto.

MART. (*Forzadamente.*) ¿Por qué ha de existir secreto alguno? También yo, Anita, te he visto á ratos preocupada, abatida .. No por eso he dudado de tu cariño.

ANITA Pero es que yo no lo niego. Yo no escondo mi preocupación. Hasta me alegro de que se ofrezca ocasión de descubrírtela. He sido, en otro tiempo, la criatura más aturdida, más jovial. Lo que ha cambiado mi carácter es la desgracia. ¿Entiendes, Martín? La desgracia de Irene.

MART. Olvídala, si te es posible... Olvidar y dormir, los únicos bienes.

ANITA Si mi hermana hubiese sufrido la ley común... si yo supiese donde está la losa que que la cubre... pagado el tributo de lágrimas, me habría consolado, olvidaría... Lo que mantiene la herida abierta es el misterio que rodea su destino. La espina, á cada paso, se hinca más adentro. Yo adiviné la verdad, aunque mis tías quisieron ocultármela diciéndome que Irene había muerto de pulmonía. Pero no me permitieron poner

luto... ¡Había en la casa un ambiente de inquietud trágica!... Había reticencias en los cuchicheos, ojos enrojecidos. Las fidalgas parecían más viejas, consumidas de terror. Un criado, por fin, soltó delante de mí la palabra *asesinato*...

MART. ¡Horrible conversación esta! Ana... ¿No valdría más?..

ANITA Que es horrible, lo sé... Ya no soy la candorosa que archivaba las florecillas arrancadas por tí... Soy esposa y madre; mis ojos se han abierto, y no quiero cerrarlos... Al lado de las versiones de muerte natural y violenta, hay otra... otra, ¿entiendes?... La fuga... La fuga, acompañada...

MART. No continues... No remuevas las heces del pasado... El pasado es dolor y remordimiento...

ANITA ¿Remordimiento? No conozco eso, Martín... Pero, ¿por qué hablas de remordimiento y dolor? ¿Ves cómo tienes disgustos que me ocultas? ¡Por todas partes he de tropezar con el misterio!

MART. El misterio nos envuelve... ¡Misterio es todo, el vivir como el morir, y el mayor misterio... aquí está! (Señalando al corazón.) ¿No percibes tú, hasta en el ruido del viento cuando mueve las ramas de los árboles, cláusulas misteriosas? ¿No hay sombra á nuestro alrededor? ¿No nos envuelven nieblas y vapores que suben del río?

ANITA De entre sombras sale resplandeciente la verdad. Yo quiero verla.

MART. ¿También á tí te llama la sirena? ¡Qué voz tiene! ¡Cómo sabe atraer! ¿No es cierto que aun cuando costase vida y honra, nos fascina, nos encanta?

ANITA Así es, Martín. Yo no sabía expresarlo... pero así es. Díganme que mi hermana sufrió la suerte más espantosa; que hoy nos cubre de oprobio en cualquier rincón del

mundo... y reposaré. ¡Pero la incertidumbre...! Acudo á tí... Tú eres quien debe guiarme... ¿Qué hacer para averiguar el paradero de Irene?

MART. (Aparte.) Siento la embriaguez de la verdad, que me corre por las venas y me sube al cerebro... (Alto.) Dime, Ana, ¿por qué hoy este afán de recordar lo pasado?

ANITA (Confidencialmente.) Porque hoy puedo decir: «Vamos por aquí, sigamos esta pista...» Porque ahora...

MART. ¿Ahora... qué sucede?

ANITA ¿No sabes que el conde de Portalegre ha vuelto del Brasil?

MART. ¡Portalegre!

ANITA Sí, Portalegre, ¿te haces cargo, querido mío? ¡Portalegre, el que vió, habló, acompañó á Irene el día fatal!.. ¿No recuerdas que el rumor público le acusó, y que hasta la justicia iba á perseguirle, si no se atraviesa la influencia de mi propio cuñado, del esposo de la infeliz?

MART. (Aparte.) ¡Qué sufrimiento! Me parece que sobre mi cabeza descargan martillazos.

ANITA No me atrevía á hablarte de esto... El ver á la gente tan metida en sí, quita la confianza... Pero si contigo no desahogo mi angustia, ¿con quién lo haré, Martín? Mi hermana, por última vez, fué vista con Portalegre... Iban en el tren juntos, charlando. No fué casualidad: en el club, la víspera, él había dicho á unos amigos que acompañaba en su viaje á la vizcondesa de Barcelos.. A Irene le hacía él una corte asidua, siguiéndola, siendo su sombra... Y ese hombre ha regresado... ¡Ah! Dios le trae .. ¡Se le arrancará la verdad, porque quien la conoce es él!

MART. ¡Ana, cuidado! ¡No acuses! ¡No juzgues, Ana!

ANITA ¿No son indicios bastantes? Él la perseguía, eso me consta, porque entre los papeles de

mi hermana, su marido encontró cartas de Portalegre.

MART. (*Con furia.*) ¿Cartas? ¿Cartas de ese hombre?

ANITA Sí... Billetes que no la acusaban pruebas de que Portalegre no era correspondido, pues se quejaba de coqueterías, de desdenes.. ¡Oh, Martín! Irene no era mala... La sociedad la indujo á ligerezas... Su marido no supo infundirla ni respeto ni amor... ¡No sé lo que hoy será de ella, pero entonces no era mala!...

MART. (*Cubriéndose el rostro.*) ¡Desdichada Irene!

ANITA (*Abrazándole.*) ¡Martín de mi alma! ¡qué consuelo para mí ver que sientes como yo! ¡Si supieses cuánto quise á mi hermana, de qué modo idolatraba ella en mí! ¡Por eso creo que no está viva; si lo estuviese, no dejaría pasar seis años sin decirme: «¡Anita, no te olvido!» ¡No conocí otra madre; ella no tuvo hijos y me miró como á hija! ¡Martín... si te querré, que... á veces, no me acuerdo de ella!

MART. ¡Dichosa tú, que puedes llorar! Yo siento como si una mano dura me apretase.. y nunca lloro. De noche, los dedos de esta mano parece que se me incrustan en la garganta.

ANITA (*Arrastrada por su emoción y sin fijarse en lo que dice Martín.*) Yo lloro... y he llorado más todavía, al principio... Pero se acabó: ahora, energía... ¡No cejaré hasta averiguar la suerte que ha corrido mi hermana! ¿Tú dirás que esa obligación correspondía á su marido? ¡Ah! ¡Esa es otra cosa que enloquece! ¡Su marido ha ahogado las pesquisas, ha espesado el velo de tinieblas y de olvido! ¡En la prensa... me consta, lo sé por Méndez de Acevedo, el periodista... usando de su influencia política, de sus amistades, por cuantos medios pudo, hizo el silencio, borró las huellas!

MART. No querría ver su nombre envuelto en la

polvareda del escándalo... Hay hombres que tiemblan ante el vocerío.

ANITA ¡Egoísmo, egoísmo y no más! No amaba á Irene... La tenía como se tiene un mueble hermoso y rico... Al perderla sólo sintió anhelo de evitar complicaciones... Al saber que yo intentaba averiguar algo, vino á verme secretamente á Oporto, á rogarme que dejase las cosas así... ¿Me atiendes?

MART. Continúa, Ana... Te escucho.

ANITA Casi le insulté... El me dijo: «Deja á los muertos en su sepulcro y á las verdades en el fondo del mar. No atraigas el rayo...» ¡El rayo! ¿Qué me importa á mí atraerlo? Ya cayó sobre la cabeza de Irene... ¿Qué me importa el escándalo? La memoria de Irene, al fin, está manchada... Si descubrimos la verdad, no podrá estarlo más ni menos... Y sobre todo, en la verdad descansaré.

MART. ¿Y si no es descanso?... ¿Si es vértigo? ¿Si es abismo?

ANITA ¡Sea lo que sea, venga á mí!

MART. ¿Tú lo quieres? ¿Lo quieres con ansia?

ANITA ¡Con sangre de las venas compro la certidumbre! Y fío en tí, fío en tu ayuda.

MART. ¡La tendrás!...

ANITA Pues empieza... ¡Ayúdame á interrogar á Portalegre!

MART. ¿Qué? ¿Vendrá aquí?

ANITA Va á llegar... No soy yo quien le ha llamado; ¡es él quien desde su quinta, próxima á Ourente, me ha pedido esta entrevista! Le he señalado hora... La hora se acerca... ¿Verdad que es curiosa la coincidencia de que él también desee hablarme?

MART. Sí que es curiosa, Ana... Es curioso como salimos al encuentro del destino todos nosotros. Tú, yo, Portalegre... Pero interrógale sola. Cuando lo hayas hecho, me informarás del resultado de esa entrevista... y te diré si Portalegre ha mentido...

ANITA ¿No quieres que en tu presencia?...

MART. No... Ya sabrás las razones. Tú sola.

ESCENA III

DICHOS y SANTIAGO

SANT (Entrando.) Ahí está un señor que pregunta por la señora. Me ha entregado esta tarjeta.

ANITA (Leyendo.) Conde de Portalegre y de Malvar. Que pase... Aquí mismo... Y mientras él esté, no permitas que nadie venga. (Sale Santiago. A Martín.) Aquí mejor que en casa... Menos peligro de que alguien sorprenda...

MART. Te dejo... ¡Te deseo que encuentres la verdad que anhelas... y que no te haga demasiado mal! (Sale por la izquierda.)

ESCENA IV

ANITA y el CONDE DE PORTALEGRE

ANITA (Aparte.) ¡Qué trabajo me va á costar dominarme y no insultarle! El y no otro es el autor de la desdicha de Irene. Y Martín, ¿por qué se expresa de un modo tan extraño? ¿Qué me oculta? ¡Si no es amor por otra mujer, qué me importa!

CONDE (Es un hombre algo gastado, de unos cuarenta años correcto, elegantemente vestido.) Señora... (Se inclina.) Creo ser exacto, aun cuando en el campo nunca es seguro no retrasarse... Y ante todo, la ruego excuse la molestia que la doy y lo penoso que para usted ha de ser el asunto de nuestra plática... (Al acercarse ve bien el rostro de Anita y hace un movimiento para retroceder.)

ANITA ¿Qué le sucede, señor Conde?

CONDE Dispénseme... Una impresión que no puede evitarse... ¡Tal semejanza!

ANITA ¿Qué sentimientos despierta en usted este parecido con mi desventurada hermana mayor? ¿Qué recuerdos evoca?

CONDE (Serenándose.) Celebro que usted misma plantee la cuestión de un modo tan franco... Me evita usted, señora, difíciles y espinosos preliminares...

ANITA ¡No se detenga; al asunto! ¡Mi impaciencia lo ha adivinado! ¡Se trata de ella, de su suerte!

CONDE Se trata también de la mía, y usted no llevará á mal que yo considere que envuelve interés, para mí, bien entendido... Voy á tener, señora, que decirle á usted crudas verdades, que la sublevarán, que la indignarán... ¡Es contra mi voluntad, protesto de ello; es porque no veo medio de evitarlo!

ANITA (Aparte.) Parece convertirse en acusador... Tiemblo con el cuerpo todo.

CONDE Me duele, y sin embargo... ¿Usted no ignorará, de fijo, la desaparición, para el público inexplicable, de su señora hermana, la vizcondesa de Barcelos, de quien no se ha vuelto á tener la menor noticia?

ANITA Ojalá lo ignorase... Y también sé que, por última vez, en compañía de usted se la vió, y que desde ese instante sus huellas se pierden.

CONDE Empieza, señora, á delinearse el objeto de mi visita. Celebro que con tal claridad me arroje usted á la cara la absurda acusación de la cual soy víctima hace seis años, que me ha empujado á una vida errante, y que hoy se atraviesa en el camino de mi felicidad y mi porvenir, cortando el vuelo de mi carrera diplomática y estorbando mi enlace con una señorita de alta posición á quien amo... Sí, señora; conste y vaya por excusa:

sin culpa alguna de mi parte, me hallo bajo el peso de acusación atroz, que si no me ha llevado al banquillo y acaso á otro sitio peor, me ha cerrado bastantes puertas y me ha perseguido en Austria, en el Brasil, donde quiera que fuí, huyendo de ella. Es hora de que mire por mi propio honor sin cuidar del ajeno; es hora de abandonar el papel de víctima resignada; es hora de que se esclarezca la verdad.

Anita — No deseo otra cosa... No es posible que más que yo lo desee usted.

Conde — ¡Señora... usted... no debiera desearlo!... Pero si lo desea en efecto, será servida... Y ante todo, tenga la bondad de otorgarme por adelantado su perdón... Colóquese, con el pensamiento, en la situación de un hombre á quien se le ha formado tan ignominiosa, tan inícua leyenda... Este hombre, señora, tiene que prescindir de fórmulas y delicadezas mundanas, y, haciéndose violencia, hablar de un modo que pugna con su educación y sus hábitos. Hablar descarnadamente, como se habla al comparecer ante los tribunales á defender fama, libertad y vida.

Anita — Hable usted como tenga por conveniente... y, de una vez, descórrase el velo que cubre el destino de mi hermana.

Conde — Pues, bien, señora, yo... en el triste día... Fíjese usted en esto; sólo acompañé á su hermana de usted hasta el cruce. ¿Lo oye usted bien? Hasta el cruce. Le confieso á usted que, por mi gusto, hasta el fin del mundo la hubiese acompañado; y, como creía la ocasión favorable, me insinuaba... pero no tardé en comprender que, si al principio había llenado un objeto, el de despistar á la gente, desde el cruce, era estorbo... ¡La vizcondesa quería ir sola!

Anita — (Con indignación,) Señor Conde...

CONDE Se lo había anunciado á usted, que mi fiel relato iba á sublevarla... ¡Un poco de paciencia!

ANITA Siga usted, siga usted...

CONDE Me inclino respetuoso ante su desgracia... y continúo. La víspera del día de su desaparición, en una comida en casa del ministro de Inglaterra, me había anunciado la señora vizcondesa de Barcelos... Irene, que así la llamábamos sus apasionados... que saldría al día siguiente con dirección al Pazo de sus tías y que si no tenía cosa mejor que hacer, podía acompañarla. En esta súplica puso buena dósis de coquetería, y yo ví el cielo abierto, porque andaba algo perturbado por su hermana de usted, como andaban otros cinco ó seis de nuestro círculo. Confieso que fuí tan fátuo, que creí en un dulce favor. Después me dí cuenta de haber representado papel más deslucido.

ANITA No tiene usted todavía derecho á expresarse así... No ha dicho usted nada que me convenza de su inocencia; no está usted vindicado.

CONDE Calma... Decíamos que traté vanamente de insinuarme para que el viaje terminase de otro modo que por una separación... Y, despechado al notar que estaba de sobra... hice una cosa que no defiendo... Me la dictó el amor propio herido... y verdaderamente no hice bien, pero fué providencial... Cuando ella me despidió en el cruce, fingí intencion de volverme á Lisboa; salté por la otra portezuela, me acomodé en el coche inmediato al de Irene, y, cuando, entrada la noche, ella se bajó en la estación, la seguí furtivamente... Con gran asombro mío, se dirigía adonde había dicho; á la quinta de las fidalgas...

ANITA (Triunfante.) ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted?

CONDE Ya iba á abandonar mi descortés indagatoria, cuando veo que tuerce el camino, y que por

atajos se dirige hacia la orilla del río, frente por frente... á este mismo lugar donde estamos conversando.

ANITA ¡Aquí!

CONDE ¡Aquí! ¡Aquí!

ANITA ¿Qué pretende usted dar á entender?

CONDE No pretendo dar á entender; afirmo y acuso... Su hermana de usted pasó la barca de Trava, y una persona que de aquí salió, vino acompañándola hasta que la hizo entrar en el mismo Pazo. ¿Lo oye usted? No se perdieron sus huellas, hasta qne cruzó la puerta de Trava.

ANITA ¡Miente usted! ¡Es usted un miserable, indigno del nombre que lleva!

CONDE Prevista tenía la explosión de su enojo.

ANITA ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué me pasa?

CONDE Aquella noche.. el señor don Martín de Trava, su esposo de usted hoy... había venido secretamente al Pazo.

ANITA ¡Calumnia! ¡Falsedad sobre falsedad! ¿Supone usted que voy á creer ese tejido de infamias?

CONDE No pido que usted me crea por un acto de fe. Alguien hay en esta casa que podría confirmar mis noticias... Pero, por si los años le han embotado la memoria, yo estoy prevenido. He gastado tiempo y dinero en adquirir ciertos informes, en reconstituir ciertos detalles del suceso.. No serán prueba completa, pero arrojan luz suficiente.. No es justo que las cosas sigan como hasta el día... ¡Si produzco mis datos... persuadiré á usted de que su hermana entró en el Pazo de Trava aquella noche... y no volvió á salir de él!

ANITA ¿Pero cabe esto en cabeza humana? Miente, mintió desde que habló este malvado.

CONDE No me ofenden sus palabras, señora. Tráteme usted como quiera. La disculpo. He dicho la verdad.

ANITA Y si eso... es la verdad... ¿por qué esperó seis años para decirla?

CONDE Debiera usted agradecerme el sacrificio de callar tanto tiempo... El respeto á la memoria de una señora desventurada; el saber que el señor de Trava padecía grave enfermedad; el deseo de su cuñado de usted de que todo quedase obscurecido; los impulsos generosos de la juventud.. cerraron mis labios. Pero al volver á mi patria, se alza ante mí otra vez, viva y terrible, la acusación. . Se trata de mi vida entera, de mis afectos, de mis esperanzas... En Lisboa se me han hecho desaires crueles; se me acoge con sospecha, con frío desdén... No es justo; no hay motivo para que prolongue una abnegación tan funesta para mí. ¡Hablaré! Antes de hacerlo, sin embargo, quiero advertir á usted, para que evite las consecuencias posibles de lo que tengo que divulgar. Que don Martín se ponga en salvo; que se vaya lejos, muy lejos... y que me deje rehabilitarme á mí, completamente inocente... Ya ve usted que procedo como quien soy. Y absuélvame, señora... Doy á don Martín un plazo de tres días. (Se inclina y vase por la izquierda.)

ESCENA V

ANITA, SANGRE NEGRA, que salta la balaustrada del fondo y se acerca recatándose. Ha anochecido

ANITA ¿Sueño? ¿Se ha ído? ¡Martín! ¡Oh! Pero ¿cómo dudo siquiera? Es mentira infernal; la primer palabra de Martín bastará para confundir la impostura... ¡Martín, Martín mío! ¡Ven! (Gritando.)

SANG. No grite, señora, que yo no trato de hacerle mal... Me persiguen; vienen tras de mí...

¡Haga la caridad cristiana de esconderme, se lo pido por el alma de quien tiene en el otro mundo!

ANITA ¿Qué es esto? ¿Quién es usted? ¡Martín! ¡Martín!

ESCENA VI

ANITA, MARTÍN, SANGRE NEGRA

MART. (Que ha entrado por la derecha.) Ya sé por qué me llamas con tal terror... No me preguntes, yo diré...

SANG. ¡Señorito de la buena alma, por Dios, escóndame, que la guardia me acosa! Si paso ahora el río, me abrasan de un tiro... ¡Señorito, por caridad!

MART. ¿Eres tú?

ANITA ¿Pero quién es este hombre? ¡Martín, defiéndeme!

MART. (Casi al oído de Anita, teniéndola en sus brazos.) Este hombre es... ¡un asesino!

ANITA (Gritando) ¡Virgen Santa!

MART. (Bajo.) Y yo soy otro.. Yo maté á Irene... (Apartándose de Anita y acercándose á Sangre Negra.) ¡Ven, hermano, no te cogerán, estás bajo mi techo!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Una habitación baja, con puerta al fondo, que al abrirse deja ver el claustro, de columnas. Dos puertas laterales, dos ventanas al fondo, cuyas rejas también dejan ver el claustro. Esta habitación tiene carácter de despacho, pero sin severidad: está algo revuelta y descuidada. Hay mesa de escritorio, un canapé Imperio, enseres de caza, como frascos de pólvora y alforjas, librerías con libros en pergamino, mapas, un árbol geneálogico, una urna con imagen dentro. Todo esto puede variar, con tal que se conserve la nota de un despacho anticuado, campesino y señorial á la vez. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MARTÍN DE TRAVA, de codos en la mesa, con la cabeza entre las manos; ANITA, entrando; viste «deshabillé» elegante, pero sin compostura.

ANITA — Martín... Martín... (Martín alza la cabeza.) ¿No querrías tomar algo? Desde ayer tarde...

MART. — No... Nada necesito.

ANITA — Vamos á ver, Martín... Cálmate... Reflexiona...

MART. — Reflexionaba, y muy fríamente, cuando entraste... Si estoy tranquilo, Ana.

ANITA — Pues en ese caso, hablemos... (Se sienta cerca

de la mesa.) Hablemos seriamente... De esta conversación pende nuestra vida. Cuando ayer me dijiste...aquella cosa... que no tiene nombre... me trastorné... Huí por no verte... Me encerré en mi cuarto... ¡Qué noche, qué angustias! ¡Un infierno!... Con la luz del día recobré un poco de serenidad. Hay que tener valor. ¡Aquí estoy! ¡Es preciso que todo se ponga en claro! Respóndeme. Un sí... Cuanto antes...

MART. Aquí me tienes... Pregunta como si fueses mi juez.

ANITA Si yo estoy segura de tu respuesta... Bastará que digas terminantemente: «Ayer tarde perdí unos momentos el juicio... y me acusé de lo que no hice ni soy capaz de hacer...» Y con estas palabras... ¡ya ves! ¡tan sencillas! volvemos á ser dichosos.

MART. ¿Para nuestra dicha me pides que mienta, Ana? ¿No reclamabas ayer la verdad, con sed ardiente?

ANITA ¡Pero esa verdad, no!

MART. ¡Ah! ¡El grito de la miseria humana! Esa verdad, no, porque me duele, porque contraría mi deseo. Otras, otras verdades... ¡Las que duelan á los otros!

ANITA Es que esa verdad... aunque lo fuese, que yo sostengo que no lo es... que es sólo delirio de tu locura... sería el absurdo... Lo monstruoso no es nunca verdad...

MART. Tú invocabas la verdad... íntegra, sin velos. Decías que era hermosa...

ANITA No, es horrible...

MART. La verdad es como la muerte... La llaman los que sufren, y si acude, no quieren verla. Sí, pobre Ana... yo maté á Irene; yo, yo hice eso.

ANITA ¡Más bajo! ¡Más bajo! ¡Las paredes pueden oir!

MART. En esta casa, las paredes... saben. ¡Han visto!

ANITA No porfíes, no he de convencerme... Alucinación, desvarío... ¿Por qué habías tú de matar á mi hermana? ¿Cometer tal maldad, siendo tan bueno? Si sólo pensarlo...

MART. ¿No te dió esa puñalada más el conde de Portalegre? ¿No adivinas?... Lleguemos hasta lo último... La maté... la maté... ¡porque la adoraba!

ANITA (Levantándose estremecida.) ¡Tú! ¡Tú!

MART. La adoraba... No la había hablado á solas... Consintió en venir... La interrogué celoso... Quería todo de ella; quería que ni su aliento hubiese respirado otro hombre... Dijo la verdad... y la ahogué en sus labios... ¡Ese fué mi pecado! ¡Mi pecado, Anita! (Se deja caer en el canapé.)

ANITA ¡Calla, calla!

MART. ¿Lo ves? Exigiste de mí lo que yo de ella... y cayó el rayo. ¡Lo ves!

ANITA ¡Cómo pudiste!...

MART. ¡Se me figura que no trataba de matar! Algo involuntario... Es decir... Dentro de mí había un ser que yo ignoraba, y ese fué el que asesinó... En mis entrañas dormía el instinto... ¡ese instinto inseparable del amor! ¡Se mata... porque se quiere!

ANITA (Secándose los ojos.) ¡Ah! Basta de ofensas. Basta de llorar por los muertos. Debo llorar mi desdicha, mi propio amor, honrado y puro, y tan escarnecido. ¿Por qué perverso cálculo te casaste conmigo, Martín?

MART. ¡Cálculo no, eso no! Me casé contigo porque ella me dijo que eras la única persona á quien profesaba infinita ternura... y porque noté que me querías, que sólo vivías para mí. Y también por ampararte, porque la desaparición de Irene arrojó mancha sobre tí. Hice mal. Me equivoqué... pero no hubo cálculo innoble.

ANITA ¡Ahora mientes! ¡Ahora mientes! Conmigo te casaste porque mi rostro era el suyo, y

cultivabas no sé qué perversa ilusión. ¡En mí la buscabas á ella!

MART. (Pensativamente.) Acaso, en lo íntimo, en lo oscuro, eso influyese... Lo que te afirmo ante Dios, es que no me dí cuenta.

ANITA ¿Y por qué? ¿Era Irene más hermosa? ¿Te amó más? ¿Te amó más?

MART. No sé responder. No he amasado yo el barro de que estoy hecho.

ANITA Ya que la mataste, debiste matarla del todo, no venir á mí teniéndola dentro viva. ¡Ni un instante de quererme!

MART. Te quiero, Ana... de otro modo, mejor tal vez. Me has dado una hija. ¡No he de quererte!

ANITA La prueba de que no me quieres es que á mí... á mí... no me matarías.

MART. (Con extrañeza.) ¡Matarte! ¿A tí, matarte? Lo único que he deseado ha sido hacerte dichosa. Sólo por tí siento que sea tan sombría la verdad.

ANITA ¿Vuelves á la tema? Estás desvariando. Y es contagioso. Yo razono contigo, como si te creyese... Y no te creo... Has forjado una novela descabellada.

MART. ¡Ojalá!

ANITA Pues vengan pruebas... pero pruebas positivas.

MART. (Sorprendido.) ¿Pruebas? No existen. Ella misma, la infeliz, procedió de manera que las huellas estaban borradas de antemano.

ANITA ¡Ya decía yo! ¡Si era infalible! ¿Lo ves? ¡Tú criminal! ¡Qué fantástico invento!

MART. A pesar tuyo me crees, Ana...

ANITA ¡No mil veces! Las palabras de un perturbado no hacen fe.

MART. ¿Y si te presento un testigo?

ANITA (Involuntariamente) ¿Santiago?

MART. ¿Ves como lo sabías? Santiago, sí... llámale. No, yo le llamaré... aquí cerca tiene su habitación... ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA II

DICHOS y SANTIAGO

MART. Acércate...

ANITA Mira si alguien escucha...

SANT. Nadie anda por ahí...

MART. Responde, Santiago... La señora no quiere convencerse...

ANITA ¿Es verdad... es verdad que mi hermana... que aquí...?

SANT. (Salta y se domina instantáneamente.) No entiendo ese preguntar...

MART. Sí lo entiendes... No solo te autorizo á decir verdad, sino que te lo mando.

SANT. No sé lo que me ordenan, y mal puedo obedecer.

MART. ¿Te burlas de mí? ¿Ignoras lo que sucedió aquella noche, lo que hice yo, lo que tú hiciste? Ea... refiérelo, sin poner ni quitar.

SANT. Cuanto el señorito disponga se hará, en comprendiendo lo que es... Pero no he de ponerme á inventar para contar embusterías.

MART. Encarnación del engaño, quítate de mi vista... Vete, engaño en figura de hombre... No, soy yo quien se va... Necesito respirar... ¡Aire! ¡Aire, que no esté cargado de mentira! (Sale desatinado por el fondo.)

ESCENA III

SANTIAGO y ANITA

ANITA (A Santiago, que hace ademán de retirarse.) Aguarda, Santiago... Has hecho bien en callar, pero era inútil... Lo que asegura el señorito... demasiado cierto es.

SANT. ¡Por el alma de mi madre, que no sé lo que asegura!

ANITA ¡Lo sabes! Quisiera cerrar los ojos... repetir «¡Es falso!» Pero allá dentro oigo: «¡Verdad! ¡verdad!» Sí... entre estas paredes, mi marido asesinó á mi hermana... Niega si quieres... No, es mejor que confieses: mejor para todos.

SANT. (Titubeando.) Yo...

ANITA Si eres leal, debes confesarlo... á mí... á mí sola.

SANT. ¿Leal? Siendo yo pequeño, díjome mi madre: Santiago, el mi hijo, cuando fueses por un camino con el señorito tuyo, y os salga can rabioso, si no consigues matarlo, déjate morder para que el señorito escape... Y así se haría... y ley tengo á la casa, que aguantaría de ella con los hombros.

ANITA Pues no receles, no receles de mí, Santiago. ¡Mira que nos amenaza una desgracia mayor; que hay quien conoce lo que tú crees oculto... y que mi interés es el tuyo, y que te necesito, que es preciso defenderse!

SANT. (Aparte.) Es una mujer... No, es mi señora...

ANITA Vamos, dí... Si no me dirás nada nuevo... ¡Si aquí fué, aquí!... A lo esencial... ¿Quedan rastros?

SANT. (Decidiéndose.) Ni esto, señora mi ama... Ni señal. Eso era cuenta de Santiago, y lo que es cuenta mía, no falla. Que arrasen el Pazo si quieren.

ANITA ¿Y testigos?

SANT. Tampoco... Una persona vió algo... Ya está en el mundo de la verdad...

ANITA (Respirando.) Entonces... poco pueden conseguir aunque nos delaten.

SANT. Poco .. á menos que...

ANITA ¿Qué? ¡Acaba, explícate!

SANT. Que... que el mismo señorito...

ANITA ¿El mismo señorito?... ¿Has dicho el mismo... Martín?

SANT. Señora mi ama... A mi humilde parecer,

desde la condenada noche de la desgracia, el señorito no quedó muy sano de la cabeza... No es de persona con juicio el amparar á ese mala casta de Sangre Negra, que ahí le tengo encerrado en el escondrijo, esperando á que la guardia se canse de rondar por estas cercanías... Y aun lo peor del caso no es el ampararle, sino las hablas y los decires que se le escapaban al señorito ayer, delante del señor cura, del notario, del cabo, de todos. Parece que su afán era gritarles á voces: «Yo, yo también maté...»

ANITA ¡Ah! (Pausa.) ¡Santiago! Eso faltaba... Eso lo sospeché... Pero no quise admitir ni la sospecha... Prefería tenerme por insensata... ¡Y era cierto!... ¡Martín se delatará!.. ¡En público... en público!

SANT. Diremos que ha loqueado... Conformes la señora y yo, valdrá el testimonio.

ANITA ¡No, Santiago! Hay quien tiene interés en que esa negra verdad salga á luz... Hay quien sabe que el culpado es Martín. El conde de Portalegre va á denunciarnos.

SANT. Su quinta es cerca de Ourente... se le puede mandar un recado en el taco de la escopeta...

ANITA ¡Jesús!

SANT. Cuando un hombre no calla por bien...

ANITA Lo que asegure el conde de Portalegre no valdrá nada si no está de acuerdo con lo que diga Martín. Que guarde silencio Martín, y basta.

SANT. ¡Y lo guardará! No querrá perderse, perder á todos.

ANITA Oye, Santiago.. No te extrañe... Un capricho... ¿Tu amo... quería mucho... á aquella?

SANT. ¡Así no la quisiese! ¡Así tal mujer no hubiese llegado nunca á Trava!

ANITA ¡Sí, ojalá que!... (Aparte.) ¡Qué es esto! Iba á maldecir á Irene... ¡Yo! ¡Hermana, desdichada hermana mía!

ESCENA IV

DICHOS; MARTÍN por la puerta del fondo

MART. Pronto, Santiago... Acabo de saber por Migalla que los guardias han tenido soplo de que Sangre Negra está oculto aquí, y vienen á registrar, á prenderle... Sácale por el jardín, haz que pase la barca; dale algún dinero... La fuerza trae el camino de Quintós. Es el mejor momento, no vigilan la orilla del río. Pero hay que volar. Despacha. (Santiago sale apresuradamente por la izquierda.)

ESCENA V

ANITA y MARTÍN

ANITA ¿Qué te importa ese hombre? ¿No tienes bastante con tu propio cuidado?

MART. Siento un anhelo muy grande de ejercitar la piedad.

ANITA Bien, que se salve el bandido, y salvémonos también nosotros, que urge. Hay que disponer nuestra marcha. Nos iremos esta tarde misma. Saldremos de Trava primero, de España después. Antes del plazo que señaló Portalegre estaremos en Francia. Tierra en medio... y á tratar de olvidar, Martín. ¡El tiempo y la distancia, qué grandes médicos!

MART. Ana... ¡Me duele afligirte, y no puedo... no puedo evitarlo! Es tarde. Se ha despertado mi conciencia. La conciencia despierta pide ración de carne y sangre... Yo quiero acusarme de mi crimen, en alta voz, expiar, ser humillado. Es preciso... ¡Comprende que es preciso!

ANITA ¡Acertaba Santiago! ¡Acertaba! ¡Dios nos ampare!

MART. Así ha de ser. Resígnate.

ANITA No, no me resigno. ¡Me indigno! ¡Te despreciaré! ¡Te odiaré!

MART. Será otra forma de mi expiación. Usurpé tu cariño engañándote. Sabiendo la verdad no me hubieses querido. Aborréceme, pues; es justo.

ANITA No me hagas caso. ¡Aborrecerte! Te adoro, Martín, te adoro... más que nunca, de otra manera, con vehemencia mortal... Te imploro, me echo á tus pies . No, no te pido por el amor... El amor me lo robaste. De esto no se trata. Pido por la memoria de tus padres, por el nombre de tu hijita, que está en la edad en que las acciones ajenas nos trazan el destino. Por todo esto, si es menester, de rodillas ..

MART. Por todo eso callé. Pero la verdad amordazada se agitaba, quería salir. Era una criatura que tenía que nacer, sin remedio. ¿Te acuerdas lo que ayer hablábamos? A costa de honra y vida, atrae la verdad. Escucha, Ana. Hay un consuelo para mí. Fuí tentado, cometí el crimen, pero creo... creo en algo que no es tierra, en la bondad, en la misericordia. ¡Si no creyese, ya no viviría!

ANITA ¡Ah, Martín! ¡Desgraciado! Piensa, considera...

MART. Cuando vengan por un reo les diré que aquí tienen otro. Y no me compadezcas. La primer noche sobre las losas de una cárcel será la primera que dormiré con sueño de paz. ¡No sabes lo que he sufrido! Mira mis canas prematuras, mi cara demacrada, macilenta por el dolor.

ANITA ¡Tu dolor es por ella! ¡Llamas conciencia á la pasión! ¡No has logrado borrarla de tu memoria!

MART. ¡Quizás ese sea el arcano! La veo siempre,

no en tí, en todo. ¡Así que confiese, quizás me libre de la brujería del recuerdo!

ANITA ¡Estaba segura! ¡Sea! ¡Qué importa! Mis ilusiones, mi ventura, fueron humo... Sálvese la honra. ¡No tienes derecho á quitármela!

MART. No se trata de derechos... Hay algo más hondo que el derecho, y es el sentir... No porfíes... Déjame ir adonde me lleva este impulso, para mí sagrado... Lo que me hizo criminal fué el misterio que envolvió mi acción. ¡Santiago, Santiago me hizo criminal! Confesaré... y la inocencia me cubrirá, como si yo fuera otra vez niño... La inocencia no. ¡El perdón.. que es más divino todavía!

ANITA No, no te vayas así... Tienes que dar un beso á tu hija, si te atreves... Ven conmigo, ven... ¡Ten ese valor!...

MART. No... Déjame, déjame... ¡Eso no!... Prefiero no verla... Déjame... (Sale huyendo por la izquierda.)

ESCENA VI

ANITA. Después, SANTIAGO

ANITA No me escucha... Se escucha á sí propio, á su delirio... ¡Hace pocas horas pisé esta casa, entre sombras de engaño... y era feliz! Quise luz, quise verdad... y aquí estoy, sin esposo, sin nombre que no me afrente... ¡Confundida sea la verdad! (Entra Santiago.) ¡Ah! Santiago... ¿Qué quieres?

SANT. ¿No está el señorito? Venía á decirle que el peje que me mandó acompañar queda en salvo. Ha pasado el río. Ya no le pillan. ¡Y si me descuido! Dentro de unos minutos tenemos aquí la guardia. ¡Vaya con Judas el bribón! Por él se le barajaron los sesos al señorito.

ANITA ¡Minutos! Santiago... tenías razón. Martín ha resuelto entregarse... ¡Se acusará de... de!...

(Echa las manos á la garganta con mímica de que no puede hablar, que Santiago entiende de otro modo.)

SANT. No se apure... No se desespere... En sacándole de aquí... Y le sacamos, le llevamos, aunque sea amarrado.

ANITA Tiene una voluntad muy resuelta y muy firme. No cede. Todo concluyó, Santiago. No hay casa de Trava; no hay sino la deshonra, la cárcel.

SANT. Yo cojo clavos y martillo, claveteo la puerta de su habitación, y no ve á la guardia, no ve á nadie... ¡Mala centella! El señorito no debía portarse así, aunque solo fuese por Santiago... Si en esto habíamos de acabar, no sé para qué tuve á mi madre... como la tuve; no sé para qué la dejé secar de soledades; no sé para qué he pasado tantas noches en vela con los pelos de punta y sudando frío, ¡señora mi ama! porque un hombre es un hombre, y el corazón le pega saltos, y al matar la luz vienen los pensares fuertes, y al fin lo que yo hice es cosa que cuaja la sangre, y lo hice por la casa, y por el amo, por sacarle bien, por librarle de lo que ahora él busca... ¿Somos chiquillos? ¿Se quiere una cosa hoy, otra mañana? Mientras viva Santiago, no sucederá, ¡así se empeñe... quien sea!

ANITA Solo tú me das aliento... ¡Mi hija, que va á quedarse sin padre! ¡Mi hija! ¡Santiago, defiéndela! Fío en tí... ¡Defiende su nombre!

SANT. Silencio... ¡Viene el señorito!

ESCENA VII

DICHOS y MARTÍN

MART. Santiago... ¿has cumplido la orden? La guardia se acerca. Viene por la revuelta del molino.

SANT. ¡Cumplida está! (Sale por la izquierda.)

MART. (A Anita.) Dame un abrazo de perdón... Vamos á separarnos .. ¡quién sabe por cuánto tiempo! Ana... tú sí que debes salir de aquí, alejarte, ir adonde no oigas pronunciar mi nombre, donde ignores la suerte que me aguarda. No te aflijas así... Mira, persuádete de que, conocida la verdad, aclarado el misterio, quedábamos imposibilitados, no digo para querernos... hasta para gustar el pan juntos, á la misma mesa. Lo que yo hice nos separaba eternamente. ¡*Ella* estaba entre nosotros, como una espada desnuda, y yo, lo mismo que ella... muerto para tí!...

ANITA ¡Más te valiera...!

MART. Bien dices, pero no por esto que hago ahora, ¿entiendes?, sino por lo que hice antes. Morir. . ó no haber nacido... ¡quién lo desearía más que yo! Acato la voluntad que me trajo á este mundo; estoy en sus manos... ¡espero que me libertará! Ana, que fuiste mía... no es á mí á quien debes ya cuenta de tu existir... Adiós... Salgo al encuentro de la justicia humana.

ANITA ¡Martín! ¡Por compasión! ¡Te ruego por última vez!

MART. Adiós... No creas que es arrebato de un inste... Es impulso antiguo, y si no lo siguiese hoy lo seguiría mañana... Es la verdad que me llama... ¡y yo soy suyo! (Sale por el fondo.)

ANITA (Riendo nerviosamente.) ¡Suyo! ¡Suyo! ¡De la verdad, no! ¡De Irene.. de Irene!... ¡Y se va! ¡Santiago! ¡Santiago!

ESCENA VIII

SANTIAGO por la izquierda, ANITA

ANITA (Viendo entrar á Santiago) ¡Se va! ¡Se va! Santiago, ¿no ves que se va, que no me escucha?

¡Va á entregarse... á delatarse...! ¡Detenle! ¡Detenle!

SANT. (Después de un momento de lucha muda.) Se hará, señora. (Sale corriendo por el fondo.)

ESCENA IX

ANITA. Después SANTIAGO, CRIADOS, GUARDIAS

ANITA Sí, detenle, tráele... (De pronto.) ¡Oh, Virgen Santa! ¡Qué presentimiento, qué idea terrible! ¡Santiago, Santiago! ¡Déjale! ¡No puedo moverme! ¡Me tiemblan las piernas, me caigo!.. (Casi en el suelo.) ¡Santiago! ¿No oyes que te mando volver? ¡Socorro! ¡Martín! (Se levanta.) ¡Martín! Soy una miserable: eran celos... celos, furia... ¡También yo criminal!... ¡Santiago! ¡Ay de mí! (Ruido dentro, que se acerca. Exclamaciones. Los criados corren, rodeando y empujando á Santiago, que viene desencajado, con su escopeta de caza empuñada todavía. Detrás los guardias.)

CRIADOS ¡Qué desgracia!

MIG. ¡Nos valga el Señor! ¡Ay qué miedo!

CRIADOS Santiago... en la misma puerta... al señorito...

SANT. (Arrojando la escopeta.) ¡Yo, no lo niego! ¡Que me prendan! (La guardia se le echa encima.)

ANITA ¡Martín! ¡Martín mío! (Adelantándose.) Soy cómplice de ese hombre... (Telón.)

FIN DEL DRAMA